«CONÓCETE A TI MISMO»

EN LA LUZ DE CRISTO

Se me ha sugerido que los retiros de este curso podrían girar en torno al tema «del perdón y la reconciliación». La sugerencia me pareció interesante; pero nada fácil dada la mentalidad de la sociedad secular, global y plural en la que nos hallamos inmersos. No obstante, si de verdad la Iglesia quiere ser bendición para la humanidad, es preciso comprender qué implica el perdón y la reconciliación que estamos llamados a proclamar en nombre del Evangelio de Dios.

En la primera carta a la comunidad de Tesalónica, Pablo recordaba a los creyentes el Evangelio, fuente de esperanza y compromiso, en estos términos. «Nosotros, que somos del día, vivamos sobriamente, revestidos con la coraza de la fe y del amor, y teniendo como casco la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él. Por eso, animaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis.» (1Tes 5, 8-11)

El Padre ofrece a todo ser humano la salvación, que nos es dada por medio de su Hijo enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 1-4). En la segunda carta a los corintios encontramos una afirmación clave para comprender el significado del perdón y la reconciliación. A partir de ella, iré desgranando las diferentes meditaciones. Escuchemos este texto tan significativo.

> Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. (2Cor 5, 18-21)

En la carta a los romanos, el apóstol de las gentes enseña cómo todos, judíos y gentiles, hemos sido salvados gratuitamente por gracia. Todos pecaron y a todos alcanza la paciencia de Dios, esto es, su salvación acontecida y revelada en la Pascua del Hijo.

> Pero ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús. Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús. (Rom 3, 21-26)

El acontecimiento de la salvación, conviene notarlo desde el principio, es mucho más que una doctrina o una moral. El Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree. En esta perspectiva es determinante ahondar en la historia de la salvación. La Iglesia está llamada a ser bendición para la humanidad. El Señor llamó al padre de los creyentes, Abrahán, para ser bendición para todas las familias de la tierra. Llamada y misión que se sitúa en evidente continuidad con la bendición del Creador a Adán y Eva. Jamás Dios retiró su bendición al hombre creado a su imagen y semejanza. «Lo que se exige hoy de la Iglesia, decía Juan XXIII en la Constitución Apostólica convocando el concilio Vaticano II, es que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio.» Tal es la condición para que en medio de un mundo tan convulso, sigamos dando testimonio de la esperanza que no defrauda.

Tras la rebelión de Adán y Eva, el Señor maldijo a la serpiente y anunció un camino doloroso y dramático a la incipiente humanidad fuera del Jardín del Edén; pero no le retiró su bendición. La bendición de Dios es fuente de vida. Venimos a la vida con la bendición divina. En esta historia dramática, trataremos de meditar y contemplar a lo largo de este curso qué implica el perdón y la reconciliación de Dios. El salmista canta: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él. Todos sus santos, temed al Señor, porque nada les falta a los que lo temen; los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada.» (Sal 34, 10-11)

Hablar de perdón y reconciliación comporta reconocer que existe una quiebra de la relación justa entre personas libres. Cuando las Escrituras hablan del perdón y reconciliación de Dios, están afirmando que se ha quebrado la relación justa entre la libertad de Dios y la libertad del ser humano. Recrear esta relación lleva consigo el compromiso de las personas. En las diferentes meditaciones trataremos de contemplarlo.

Hoy hemos trivializado mucho el lenguaje. La palabra perdón se usa por cualquier motivo. Por ello nos daremos tiempo para mejor entender qué implica el pecado y, por tanto, el perdón y reconciliación a la luz de la historia de la salvación, de la historia de Dios con su pueblo, con la humanidad. En el Padre nuestro, tal como lo transmite el evangelista Lucas, se dice: «*perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe* (nos ha hecho mal)"» (Lc 11, 4)

El matiz de Lucas es significativo y conviene no pasarlo por alto. Mateo y Marcos cierran sus evangelios enviando a los discípulos a hacer discípulos y bautizarlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lucas concluye su Evangelio con estas palabras del Resucitado: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». (Lc 24, 44-48) El bautismo nos sumerge en la muerte de Cristo, para recrearnos como nuevas criaturas, como enseña san Pablo.

El cuarto evangelio presenta la misión dada por el Resucitado a los discípulos de esta forma: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20, 19-23) La Iglesia apostólica recibe el Espíritu Santo, para el perdón de los pecados. ¿En qué consiste el pecado?

Desde las primeras páginas del Génesis se nos habla de transgresión, desobediencia y rebelión de Adán y Eva ante el Creador. Habían recibido la vida y la tierra de forma gratuita. Tenían una relación de amistad con el Señor que venía a pasear con ellos en la brisa de la tarde. Todo lo habían recibido de Dios; pero no respetaron el límite impuesto por él, para probar su libertad y responsabilidad. Fuera ya del Edén, concibieron con el favor de Dios y dieron a luz dos hijos: Caín y Abel. Este era pastor y Caín agricultor. Ambos ofrecen sacrificios de las primicias del ganado y la tierra. Es el principio de la religión, la expresión de la religiosidad y trascendencia del ser humano. Dios acoge favorablemente el de Abel y no el de Caín, por lo que éste se enfada. El sacrificio debe ser acogido por Dios, para que cumpla con su finalidad. No se trata de disponer Dios. Escuchemos el relato.

> Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín. Y ella dijo: «He adquirido un hombre con la ayuda del Señor». Después dio a luz a Abel, su hermano. Abel era pastor de ovejas, y Caín cultivaba el

> suelo. Pasado un tiempo, Caín ofreció al Señor dones de los frutos del suelo; también Abel ofreció las primicias y la grasa de sus ovejas. El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda; Caín se enfureció y andaba abatido. El Señor dijo a Caín: «¿Por qué te enfureces y andas abatido? ¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo». (Gen 4, 1-7)

Hagamos una pequeña digresión. El ser humano, a diferencia de las otros seres animados de la tierra, jamás dejó a lo largo de la historia de interrogarse sobre su origen y destino. Así lo atestiguan las diferentes culturas y pueblos. Pensemos en el culto a los espíritus y muertos, los mitos, la filosofía y las religiones que han aparecido en el devenir del tiempo. El ser humano se interroga: ¿Por qué y para qué existimos? ¿Cuál es nuestro destino? ¿Qué camino ha de recorrer el ser humano, para alcanzar su verdadero desarrollo en su peregrinar por la tierra? Las respuestas varían, pero todos, tarde o temprano, nos interrogamos. Pensemos en la tradición filosófica griega, que tanto marcó el cristianismo naciente. Los escritos del Nuevo Testamento se escribieron en griego. Además del judaísmo, no debemos olvidar a los moralistas griegos y latinos, con los que la evangelización se encontró en diálogo. Como introducción me fijo en un punto importante, para mostrar el camino a seguir en nuestras meditaciones posteriores.

En la entrada del templo dedicado al dios Apolo en Delfos, se encontraba esta inscripción: «***Conócete a ti mismo***». Esta inscripción fue fruto de largas investigaciones de los sabios griegos, entre ellos se encontraba Sócrates y otros filósofos. Para honrar a los dioses y caminar de acuerdo con ellos, era necesario conocerse a sí mismo. El ser humano sabe que no todo vale. La convivencia y el futuro de la humanidad reclama de todo un comportamiento correcto de sí mismo, para cultivar la vida y labrar su destino. La filosofía griega veía al hombre como un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo se descomponía, pero el alma era inmortal. Era necesario conocerse, por tanto, para ver cómo avanzar de acuerdo con los dioses, que intervenían en la vida de los seres humanos. He aquí lo que escribía Marco Aurelio:

> Ten gran cuenta con la facultad opinativa, porque todo depende ahí, para que jamás se introduzca en tu espíritu alguna opinión repugnante a la naturaleza y condición de un viviente que participa de la razón. Y lo que tal condición es reserva en el juzgar, familiaridad para con los hombres y obediencia a los dioses.
>
> Echando, pues, de ti todo otro cuidado, pon sólo la atención en estas consideraciones, y al mismo tiempo acuérdate que cada uno no vive más de lo que es el tiempo presente en que vive, que es un punto indivisible, y que todo el resto de su vida, o ya lo acabó de vivir, o es incierto «si lo vivirá». Es, pues, un nada lo que uno vive, un nada el rincón de la Tierra en donde pasa su vida, un nada la más extendida fama de la posteridad, fama propagada por la sucesión de unos hombrecillos que muy en breve se morirán, y que, no conociéndose bien a sí mismos, están muy lejos de poder juzgar de los que tanto antes murieron…
>
> Conviene, por lo mismo, decir en cada acontecimiento particular: «Esto, en verdad me viene de la mano de Dios; eso otro sucede en fuerza de la coligación de las cosas y del hilo fatal de las Parcas, por esta complicación de sucesos… Si tú siguiendo la recta razón, hicieses lo que tienes entre manos con estudio, con empeño y buena voluntad, sin poner la mira en ninguna otra controversia ni diversión, antes bien, conservases tu espíritu por entonces tan puro como si ya lo hubieses de restituir «a quien te lo ha dado»; si, «vuelvo a decir», llevares adelante tu obra otro bien ni huyendo otro mal, sino dándote por satisfecho con hacer el presente trabajo conforme a la Naturaleza, y con hablar con suma entereza lo que hubieres de decir, vivirás feliz y dichoso; además de que no hay persona alguna que pueda impedírtelo. (Marco Aurelio)

San Agustín enseñó: «conócete, acéptate, supérate». El santo, convertido a la fe católica, desarrollará esta doctrina de los grandes moralistas, pero desde la perspectiva de la historia de la salvación.

La Biblia no viene a combatir la búsqueda humana, sino a evangelizarla desde dentro. Y lo hace subrayando la perspectiva de la iniciativa divina. La fe bíblica, en efecto, no niega la importancia de conocerse, aceptarse

y superarse, pero su punto de partida no es la reflexión sobre uno mismo, sino la escucha y contemplación del designio del Dios del cielo y la tierra. El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, es obra de Dios. ***El origen, camino y destino del ser humano no viene de conocerse, sino de ser conocido***. Y esta afirmación atraviesa la historia de la salvación. Lo importante y decisivo no está en conocerse, sino en ser conocido. El cristiano se realiza en la medida que cree y se deja hacer por la palabra creadora y salvadora de Dios.

La fe de Israel arranca de la experiencia de ser conocido por Dios, o dicho de otro modo, de ser criatura de la palabra viva y eficaz de Dios. El ser humano es criatura de la palabra, que es logos y acción. La palabra del Dios de la alianza guiará la historia del pueblo de las alianzas. Una historia dramática, pues la fidelidad de Dios permanece para siempre, incluso cuando el pueblo es infiel.

El destino de la vida del ser humano es la gloria de Dios. En esta historia de amor es en la que el ser humano puede y debe conocer su origen, camino y destino, consciente de ser obra de Dios. Por ello conviene meditar y saborear, aunque sea brevemente: somos criaturas de la gracia. El ser humano debe comprenderse desde esta verdad. No somos criaturas del azar, sino del amor divino a través de mediaciones humanos. Existimos con el favor de Dios. ***Esta verdad renueva la fe y la esperanza de quien se conoce en la luz de Cristo, el hombre verdadero, el nuevo Adán en palabras de san Pablo***. Por ello es importante detenerse, en el día de hoy, a meditar cómo somos conocidos, personal y como pueblo por Dios. ¡***Conócete como Dios te conoce***! ¡***Conócete, acéptate, supérate en Cristo, el hombre verdadero***!

El salmista era muy consciente que Dios nos conoce y nadie puede escapar a su mirada. El conoce el corazón del hombre. «Señor, tú me sondeas y me conoces. *Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos…* Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón, ponme a prueba y conoce mis sentimientos, *mira si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno.»* (Sal 139) El Señor conoce el corazón y no las apariencias. Él nos conoce mejor que nosotros nos conocemos.

I. CONÓCETE EN CRISTO.

Dios, como enseñan los relatos de la creación, creó al hombre a su imagen y semejanza. Para conocer al hombre es, por tanto, necesario conocer a Dios. Y Dios, como afirma el Nuevo Testamento se nos ha dado a conocer en su Hijo enviado en la carne. Así lo cree la fe apostólica. En el momento de volver al Padre, Jesús, en la intimidad del Cenáculo, en su adiós-testamento,decía a los discípulos:

> No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto». Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. (Jn 14, 1-11)

El Concilio Vaticano II recordó a la Iglesia cómo el misterio del hombre se esclarece a la luz del nuevo Adán, esto es, Jesucristo.

> En realidad, ***el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado***. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, ***en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio***

hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (*Col* 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS 22)

San Pablo en la carta a los gálatas nos invita a meditar y contemplar la verdad y novedad de nuestra identidad y destino, así como de nuestra vocación y misión en la historia, a la luz del Hijo enviado por el Padre. El misterio de ser humano ha de comprenderse a la luz del misterio trinitario de Dios. Somos hijos y herederos en el Hijo, y como tal estamos llamados a realizarnos en el Espíritu de Santidad.

> Digo además que mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo siendo como es dueño de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta la fecha fijada por su padre. Lo mismo nosotros, cuando éramos menores de edad, estábamos esclavizados bajo los elementos del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios. (Gal 4, 1-7)

Conocerse en Cristo es, por tanto, reconocerse como hijos a la luz del Espíritu de Cristo. Así lo atestigua también Pablo en la carta a los Romanos: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él.» (Rom 8, 14-17)

Para conocerse en Cristo no basta la introspección ni mirarse a la luz de la Naturaleza, como propugnaban los moralistas estoicos. Es necesario escuchar y contemplar al Verbo encarnado, esto es, al Hijo en quien somos llamados a ser y vivir como hijos libres. Pablo afirma: «Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud… Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilicéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor.» (Gal 5, 1.13)

Conocernos en Cristo como hijos libres comporta ser conscientes que la persona existe y se desarrolla en un nosotros filial y fraterno, como enseña la oración dominical, esto es, la oración que nos ha sido entregada por el Unigénito.

Jesús nos muestra que debemos avanzar en la verdad proveniente de Dios, para no ser esclavos del pecado. «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres.» (Jn 8, 34-36) Al contemplar y meditar estas palabras de la revelación brota en nosotros la acción de gracias y también la llamada a cultivar con alegría lo que somos en el Hijo. A veces tenemos el riesgo de quedarnos entrampados con ciertas perspectivas antropológicas de la sociología o de la sicología, aun cuando estas lleven el marchamo de la religiosidad.

II.- ACÉPTATE EN CRISTO.

Aceptarse en Cristo comporta aprender a vivir desde el don de Dios y como don de Dios para los demás. Y esto es precisamente lo que se nos revela y posibilita el nuevo Adán. En efecto, Jesús reconoció en todo momento proceder del Padre y recibir todo del Padre. Su origen y destino es el Padre. Por ello repite y explica que viene del Padre y a él vuelve. Él es el engendrado en la eternidad. De ahí brota la comunión del Padre y el Hijo. Todo lo tuyo es mío y lo mío tuyo.

Jesús vive en la comunión con el Padre, que en la historia adquiere la dinámica de la obediencia filial. La carta a los Hebreos enseña que Jesús aprendió la obediencia filial entre gritos y lágrimas. Es la expresión de quien vive en la dependencia propia del amor, de quien acepta el límite de la carne. Jesús confesó no conocer todo, a pesar de afirmar que sus palabras permanecerían para siempre. «En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre.» (Mc 13, 30-32) Él era consciente que conceder los primeros puestos no dependía de él, sino del Padre. «El sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado.» (Mc 10, 40) Sus discípulos son don del Padre, los recibe del Padre. Su misión es la que el Padre le ha confiado. Hace siempre lo que agrada al Padre. Viene a reunir a los hijos de Dios dispersos… etc. Jesús nos enseña a aceptar los límites propios de la carne, para avanzar en la libertad filial.

En su condición de enviado, el Hijo del hombre vive y cultiva la conciencia de ser don del Padre, para la salvación de sus hermanos. Aceptarse en Cristo implica reconocer que la fuente de la vida está en el Padre y no en nosotros. De él recibimos lo que somos y tenemos. San Pablo escribía a los romanos: «Oh hombre, ¿quién eres tú para enfrentarte a Dios? ¿Acaso dirá la vasija al que la modela, «por qué me has hecho así»? ¿O acaso no puede el alfarero modelar con la misma arcilla un objeto destinado a usos nobles y otro dedicado a usos menos nobles? (Rom 9, 20-21) A la revuelta comunidad de los corintios por causa de los superapóstoles le decía: «A ver, ¿quién te hace tan importante? ¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?» (1Cor 4, 7)

El apóstol de las gentes explicitaba así un tema recurrente en los profetas: invitar al pueblo y las personas que lo componen a vivir de acuerdo con el designio de Dios en la historia. Somos don de Dios y como tal estamos llamados a vivir, para llevar a cabo la vocación y misión que se nos ha confiado. Es necesario, por tanto, aceptarse y vivir de acuerdo con el designio divino. De ahí la importancia de discernir qué implica ser y vivir como hijos en el Hijo. Es la condición para realizarnos en el servicio mutuo de acuerdo con los dones recibidos en favor de los hermanos. Como enseña el profeta Isaías, la arcilla debe dejarse modelar por el Señor y actuar de acuerdo con sus sabiduría.

> ¡Ay de los que, en lo profundo, ocultan sus planes al Señor para poder actuar en la oscuridad y decir: «¿Quién nos ve? ¿Quién se entera?». ¡Cuánta perversión! ¿Es acaso el alfarero igual que el barro, para que la obra diga a su artífice: «No me ha hecho», y la vasija diga al alfarero: «Este no entiende nada?» (Is 29, 15-16)
>
> Cielos, destilad desde lo alto la justicia, las nubes la derramen, se abra la tierra y brote la salvación, y con ella germine la justicia. Yo, el Señor, lo he creado. ¡Ay del que pleitea con su artífice, siendo una vasija entre otras tantas! ¿Acaso le dice la arcilla al alfarero: "Qué estás haciendo. Tu obra no vale nada"? ¡Ay del que le dice al padre: "¿Qué has engendrado?", o a la mujer: "¿Qué has dado a luz?"! Esto dice el Señor, el Santo de Israel, su artífice: "¿Me pediréis cuenta de lo que le ocurre a mis hijos? ¿Me daréis órdenes sobre la obra de mis manos? Yo hice la tierra y creé sobre ella al hombre, mis propias manos desplegaron el cielo, y doy órdenes a todo su ejército. Yo lo he suscitado en justicia y allano todos sus caminos: él reconstruirá mi ciudad y hará volver a mis cautivos sin precio ni rescate" —dice el Señor todopoderoso—». (Is 45, 8-13; Cf Jer 18, 1ss)
>
> Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano. (Is 64, 7)

Quien se acepta en el Señor caminará con paz y serenidad en medio de las tormentas de la vida. Será prudente y no necio. Vivirá el servicio con alegría. No buscará los primeros puestos. Se verá libre de la envidia que arruina la convivencia de las personas y pueblos. Y recibirá la recompensa del Señor: «Entra en el gozo de tu Señor». El que se acepta de verdad en el Señor, vivirá de acuerdo con lo que él nos ha dicho: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 28-30) He aquí el camino para aprender a vivir del don de Dios y ser un verdadero don del Señor para los demás.

III.- SUPÉRATE EN CRISTO.

El árbol se alza hacia lo alto gracias a las raíces que lo nutren de la tierra en que ha sido plantado. Y sube tanto más alto, cuando más recibe de la tierra. El ser humano cuanto más se conoce y acepta en Cristo, más fruto da y más alcanza su plenitud. Superarse en Cristo es vivir de la gracia, dejándola trabajar en nosotros. En este sentido es interesante tener presente la experiencia de Pablo. Recordemos dos textos especialmente significativos en que nos cuenta su experiencia, para mejor descubrir qué puede significar superarse en Cristo Jesús.

En la primera carta a los corintios, después de afirmar el kerigma que él y los demás apóstoles predican, narra así su experiencia, para exhortar a todos a caminar y dejar trabajar la gracia en él.

> Por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. (1Cor 15, 8-10)

Explicando su conversión, Pablo muestra cómo la salvación viene de la gracia y no de la ley. Saliendo al paso de los falsos hermanos, que inquietaban a la comunidad de los gálatas tergiversando el Evangelio de Dios, escribía:

> Pues yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios; pero si la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano. (Gal 2, 19-21)

Saulo, antes de su conversión, también quiso superarse. Era, como atestigua, un verdadero cumplidor de la ley. «Aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad y de mi raza como defensor muy celoso de las tradiciones de mis antepasados.» (Gal 1, 14) La superación era, en realidad, sinónimo de afirmación de su «ego religioso». Era cebar la propia carne, como nos puede suceder a unos y otros. Superarse en Cristo no es lo mismo que afirmarse en la defensa de unos valores o principios. Jesús nos ha mostrado el camino la docilidad, de la mansedumbre y humildad de corazón, para afirmar y dar gloria al que nos llama y envía, como servidores del Evangelio de la gracia.

Para dejar vivir a Cristo es preciso morir con Cristo y gloriarse en su cruz. Y esto por una razón muy sencilla. El Padre nos estaba reconciliando con él, como ya hemos visto mediante la Pascua del Hijo enviado en una carne semejante a la nuestra.

El mismo Pablo, en el himno de su carta a los filipenses, nos da la clave a seguir para superarse a sí mismo, que implica gloriarse en la debilidad, esto es en el tesoro que llevamos en vasijas de barro. Para ser ensalzado hay que abajarse y humillarse mediante la obediencia. Tal es la lógica de la superación; pero ya hemos comprendido que no concuerda con los criterios del mundo.

> Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. (Flp 2, 5-11)

Jesús reiteró en diferentes ocasiones cómo el que se humilla será ensalzado por Dios. Así lo vemos en su Pascua. Él nos enriquece con su pobreza. Gloriarse en la debilidad, gloriarse en la cruz de Cristo, es lo propio de quien se supera en Cristo. Y esto es muy importante, para comprender la originalidad del perdón de los pecados y la reconciliación obrada por el Padre en el Hijo.

IV.- PERSPECTIVAS PARA ANDAR EL CAMINO

La fe y la ciencia, si ambas son auténticas, no tienen porqué oponerse. La sabiduría proveniente de Dios y la ciencia, fruto de la inteligencia dada al hombre y de su trabajo de investigación no deberían contradecirse, aun cuando cada una tenga sus notas específicas. Dios confió al hombre el cuidado de lo creado y lo bendijo para que fuera fecundo y dominase la tierra, obra del Verbo eterno. Por el contrario, cuando la religión o la ciencia se convierten en ideología tienden a descalificarse mutuamente. Señalo esto porque la fe y las ciencias sociológicas y sicológicas no deben oponerse, sino fecundarse mutuamente. No siempre sucede.

En la fe el «tú» divino precede al «yo» y, en consecuencia, también al «nosotros». Dios creo al ser humano para el diálogo y la comunión. La religión no facilita el diálogo y la comunión, si está centrada en el «yo» o en un «nosotros» sectario. La ideología religiosa, sea del signo que sea, nos es compatible con el Evangelio de la gracia. El Señor vino para destruir el muro de la enemistad. La palabra de Jesús generó contradicción, pero dio su vida incluso por los que le daban muerte.

Las ciencias antropológicas si favorecen el «autismo» del individuo, de la cultura o de la raza, se convierten en ideologías que arruinan el sentido de la persona en su dimensión cultural, social y trascendente. Entonces se produce el choque entre la fe y la ciencia. Es la tentación satánica y falaz, tal como se presenta ya desde las primeras páginas de la Biblia. Es el pecado. Es ruptura de comunión y relación. La mentira está en oponer Dios al hombre. En Jesús, la divinad y la carne, lejos de oponerse, nos muestra el auténtico camino de la realización del ser humano, creado gratuitamente por Dios, para avanzar en la libertad por la senda del diálogo y la comunión. Teniendo esto en cuenta, he aquí algunas orientaciones, para la oración y la acción.

1.- La acción de gracias por existir y creer.

En la acción de gracias, el creyente toma conciencia y profesa que el «Tú» nos precede. No somos hijos del Azar, sino fruto del conocimiento y amor del Señor. No damos gracias sólo cuando nos van bien las cosas, sino por existir y creer, por estar destinados a participar de la misma naturaleza divina con todo lo que esto implica. Así lo explicita la fe apostólica. «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado.» (Ef 1, 3-6) Dios, como enseña la segunda carta de Pedro por «su poder divino nos ha concedido todo lo que conduce a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos ha llamado con su propia gloria y potencia, con las cuales se nos han concedido las preciosas y sublimes promesas, para que, por medio de ellas, seáis partícipes de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que reina en el mundo por la ambición; en vista de ello, poned todo empeño en

añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia, a la paciencia la piedad, a la piedad el cariño fraterno, y al cariño fraterno el amor.» (2P 1, 3-7)

Las ciencias antropológicas pueden y deben contribuir a mejor comprender y vivir lo que somos y estamos llamados a ser a través de la historia cambiante de nuestro mundo. Toda existencia, como dijo Pablo VI, es vocación y misión, que cada uno debemos cultivar con la gracia del Señor.

2.- Una llamada a los institutos seculares.

Los Institutos seculares, como tantas veces se nos dijo, estamos llamados a ser unos verdaderos laboratorios de cómo la fe y la ciencia se postulan y complementan mutuamente en el silencio de la oración y en la acción discreta, que nada tiene que ver con el secretismo. *"Si permanecen fieles a su misión, los institutos seculares serán en estos tiempos tan difíciles, el laboratorio experimental en el cual la Iglesia verifica cuáles han de ser sus relaciones con el mundo."* (Pablo VI, 25 de agosto de 1976).

Si el pecado del mundo es ruptura de comunión, misión de nuestros institutos es trabajar para que recrear la armonía y la comunión que postula el Señor, para favorecer un verdadero diálogo entre la fe y la razón. Hoy el Señor, si no estoy equivocado, nos está pidiendo seguir sembrando en el campo del Señor, que es el basto mundo, la buena semilla de la Palabra de Dios, viviendo la dinámica propia de una auténtica consagración secular.

Es preciso que nuestras vidas, acciones y palabras emulen la vida, acción y palabra del Señor y Salvador: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.» (Jn 12, 23-24) ¿No es este el camino de nuestra participación en el sacerdocio, profetismo y realeza de Cristo en la historia, del «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»? En el bautismo morimos con Cristo, para resucitar con él a la vida sin ocaso.

3.- Para conocerse, aceptarse y superarse en Cristo,

Los creyentes estamos llamados a hacernos las preguntas oportunas. No olvidemos que según son nuestras preguntas suelen ser las respuestas. No es lo mismo preguntar ¿quién es Dios para mí, que preguntarse quién soy para ti, Señor? Diferente es preguntar: ¿Señor, qué esperas de mí y para qué me has dado tanto o preguntarse qué puedo hacer yo?… etc. A veces nos hacemos preguntas que conducen a ciertas formas de voluntarismo, como son algunas de estas: ¿Qué testimonio voy a dar? ¿Cómo vamos a organizarnos para cambiar el mundo?. El que quiera superarse en Cristo se preguntará: ¿Cómo la gracia de Dios trabaja en mí y en los demás? El hombre verdadero, Cristo Jesús, vivía, hablaba y obraba desde la escucha y contemplación del Padre en el Espíritu de la verdad y santidad. Conocía el corazón de las personas, las acogía como don del Padre y era fecundo, sembrándose en la tierra humana, aun cuando sólo una parte de ella produjese un fruto bueno, abundante y perenne. En una palabra, para conocerse, aceptarse y superarse en Cristo, es preciso que el «Tú» de Dios y «el nosotros» del pueblo de la alianza, preceda al «yo». La fe, por tanto, lejos de contradecir las ciencias antropológicas, las fecunda desde dentro. Estamos llamados a evangelizar la cultura y las culturas.

Texto para la oración:

Texto: 2Cor 5, 11-21